

VOCACIÓN A LA SANTIDAD 3/5

Llamada a la santidad y dos sutiles enemigos de ésta

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Estamos ya en esta tercera charla de este cursillo de teología espiritual sobre la vocación a la santidad. Las dos primeras charlas, principalmente en ellas he seguido la iluminación de la doctrina recogida en el manual “Espiritualidad católica de Don José Rivera y de Don José María Iraburu y ahora, a partir de esta tercera charla voy a entrar directamente en “Gaudete et exsultate”. Me quiero apoyar en esa exhortación que el Santo Padre publicó el 19 de marzo del año 2018, el día de San José, hablando específicamente de la santidad.

En la introducción de esa exhortación se dice que, no es la pretensión del Santo Padre hablar de un tratado de santidad con todas sus distinciones, matizaciones y definiciones, sino más bien, quiere hacer un digno objetivo, que es, hacer resonar la llamada de la santidad a todo el mundo, procurando encarnarla en el contexto actual. Aunque diga tal cosa la exhortación, lo cierto es que creo que tiene una profundidad también teológica. Pero es verdad que nosotros hemos hecho también una profundización, una base teológica en las dos primeras charlas.

Quiero hacer una referencia al hecho de que, la exhortación se publicase el día de San José; no se dice nada al respecto en el texto pero, yo me atrevería a reivindicar la figura de San José como la santidad para todo el mundo. Así como hay santos que han formado escuelas de espiritualidad, todo mundo es consciente de que San José no forma parte de una escuela particular de espiritualidad, sino que es el patrono de la Iglesia... es la santidad común para todos los cristianos.

El primer capítulo de “Gaudete et exsultate”, habla de la llamada a la santidad. Lo primero que dice es que los santos no son agua pasada, no son personas que vivieron... No, los santos, los que han sido canonizados por la Iglesia y los que no lo han sido, que viven en presencia de Dios, mantienen con nosotros lazos de amor y de comunión. Es decir, son nuestros amigos, tenemos amistad con los santos, tenemos una relación estrecha con ellos, una relación de amistad: interceden por nosotros, aprendemos de sus vidas. Quizás, el término que más se ha popularizado, de esta exhortación apostólica, es el siguiente: el Santo Padre no sólo habla de los santos canonizados oficialmente por la Iglesia, sino dice ‘los santos de la puerta de al lado’.

No pensemos sólo en los beatificados y canonizados, todos los canonizados y beatificados, obviamente, son santos, pero la inmensa mayoría de los santos no han sido ni serán nunca canonizados ni beatificados. Existen santos mucho más cerca de lo que nosotros suponemos y estamos rodeados de santos. Ha sido voluntad de Dios, que la santidad forme

parte de la vida del pueblo de Dios. Dice él: ‘me gusta ver la santidad del pueblo sencillo: de los padres que cuidan de sus hijos, de los padres que se sacrifican, se olvidan de sí mismos por llevar el pan a sus casas, las religiosas ancianas que están retiradas y que parece que no hacen nada, pero viven su ancianidad santamente. Montones de casos, podemos decir, de una santidad que permanece oculta a los ojos del mundo, pero que brilla a los ojos de Dios.

Recuerdo que en Radio María, en España, hay un programa que tiene el título: “Hay mucha gente buena” ... Hay mucho más bien que mal en el mundo. A veces nos hemos hecho la pregunta ¿por qué Dios corrió el riesgo de crear el mundo, haciendo al hombre libre, sabiendo que él, en su omnipotencia, que esa libertad va a ser mal utilizada en muchas ocasiones? ¿por qué corrió ese riesgo? Yo me atrevería decir que, una de las razones puede ser porque, él sabía que iba a ser infinitamente más, la gloria que se iba a desprender de haber hecho al hombre libre, por todos los santos que con su vida, gracias a que eran libres fueron santos y glorificaron a Dios, que, el sufrimiento que se iba a desprender, por el que algunos utilizaban mal su libertad y la tradujesen en la condenación, en la perdición.

Es infinitamente más, el bien que el mal, y creo que eso tenemos que reconocerlo, hay que estar con los ojos atentos para descubrir la santidad que nos rodea; porque está claro que en nosotros hay una tendencia mucho más marcada a descubrir el mal, y a fijar en él los ojos. Mete mucho más ruido un árbol que cae, que un bosque entero que crece en silencio. Eso es así, y los periódicos están llenos de malas noticias y un periódico que hiciese su propósito de publicar exclusivamente noticias buenas, por desgracia cerraría sus puertas, antes de haberlas abierto; porque tenemos en nosotros una tendencia morbosa a fijar nuestros ojos en el mal, en vez de en el bien.

Por lo tanto, el Santo Padre reivindica la santidad de la puerta de al lado. También lo dice de otra manera: la santidad de clase media. Lo principal de este primer capítulo “Gaudete et exultate”: es la llamada a la santidad. El Señor nos ha dicho a cada uno “Sed santos porque yo soy Santo”; lo tenéis en la primera carta de Pedro; también en el Antiguo Testamento estaba el libro de Levítico, “Sed santos porque yo soy Santo”. Si somos hijos de Dios, entonces, el hijo recibe el don del Padre “Sed santos porque yo soy Santo”.

Un detalle, la llamada que hizo el Concilio Vaticano II a la santidad, yo recuerdo que siendo yo un jovencito, cuando en el colegio nos presentaban los decretos del Concilio Vaticano II, se nos decía que la afirmación principal, que había hecho el Concilio Vaticano II, era esta: “Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre”. Es decir, todos y cada uno, somos llamados a esto. Obviamente, no es una predicación que la Iglesia haya comenzado a hacer en el siglo XX con el Concilio Vaticano II, formaba parte de la tradición de la Iglesia; pero es verdad que, formulada como llamada de un Concilio, explícitamente, ante el mundo entero quizás fue un momento álgido del Concilio Vaticano II.

Insisto, todos y cada uno, cada uno por su camino. Por ejemplo, cuando San Francisco de Sales, a principios del siglo XVII, escribió un Tratado llamado “Introducción a la Vida Devota”, un Tratado escrito para una dirigida suya, que se llamaba Filotea, que era seglar, laica, y entonces, en esa Introducción a la Vida Devota, San Francisco de Sales le explica,

como ella, en su contexto de vida (de una seglar, de una laica), está llamada a la santidad. Fijaros lo que dice, voy a leer este párrafo, que me parece uno de los puntos clave, de esa popularización de la santidad (que esto es lo que hace, sobretodo, “Gaudete et exultate”)... popularización de la santidad, no en el sentido de rebajar el concepto de santidad, sino de hacernos a todos, destinatarios de ese concepto. Dice: “Para ser santos, no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada sólo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así, todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio de las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrado o consagrada? Sé santo, viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo, amando y ocupándote de tu marido y de tu esposa como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo, cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo, enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo, luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales”. Esta es la clave.

Es lo mismo que predicaba San Francisco de Sales, en esa Introducción a la Vida Devota, a comienzos de siglo XVII... es el mensaje del Concilio Vaticano II... es lo que el Papa Francisco ha hecho en “Gaudete et exultate”, con un esfuerzo de comunicación, popularizando la llamada a la santidad. La santidad es dejar que el bautismo fructifique. El bautismo es, a la santidad, lo que el río es al mar; es la desembocadura normal de la vida cristiana iniciada en el bautismo. Habrá muchos tropezones en el camino, pero uno levanta los ojos, una y mil veces al Crucificado y le dice: ‘aquí me tienes, en mi debilidad, confieso mi pequeñez, pero mantengo intacta mi esperanza en la santidad. Y ésta es la clave de la santidad; la clave de la santidad está en no cansarse nunca de estar empezando siempre, en mantener intacta nuestra esperanza en la santidad a pesar de nuestras debilidades.

Si alguien mantiene intacta su esperanza en la santidad, a pesar de que si evalúa su vida y dice ‘pues es que no sé si avanzo o retrocedo’. Si mantienes intacta tu esperanza en la santidad es uno de los signos inequívocos de que el Espíritu está presente en nuestra vida. Y dice el Santo Padre “y eso intentar traducirlo en pequeños signos, y a veces, cuanto más pequeños sean, mejor”. Porque detrás de los grandes signos, a veces se puede esconder, muy camuflada, nuestra vanidad. En pequeños signos, por ejemplo, dice “una señora va al mercado a hacer las compras, y se encuentra con la vecina, y comienzan a criticar y dice: ‘no, no voy a hablar mal de nadie, voy a cortar con esto’ y dice, “eso es un triunfo, camino de la santidad. En situaciones como esas, puede haber sido perfectamente un momento clave, álgido, tal acontecimiento; acontece en un mercado que alguien dice ‘hasta aquí he llegado, voy a romper con este vicio de juntarnos y hablar mal de los demás’... pues puede ser un momento álgido en la vida de la santidad.

Porque de esa manera, en detalles tan pequeños, lo que está aconteciendo es nuestra unión con Cristo. La santidad no es, sino la unión con los misterios de Jesucristo; es asociarse a la vida de Jesucristo de una manera única y personal; es reproducir en nuestra propia existencia, todos los aspectos de la vida de Jesucristo: lo que fue su vida oculta, su vida comunitaria, la cercanía con los últimos, con los desheredados, su pobreza, su desprendimiento, su entrega por amor; reproducir en nosotros la vida de Jesucristo, en lo más pequeño, lo más cotidiano... hasta el punto que podemos decir que la santidad se mide por la estatura que alcanza Cristo en nosotros, o por la fuerza con la que le permitimos al

Espíritu Santo moldear nuestra vida, de manera que lo integre todo, que no haya como departamentos estancos en la vida.

Recuerdo, en una ocasión, haberle escuchado al padre Luis María Mendizabal, sacerdote jesuita de un pueblo de nuestra diócesis, llamado Bergara, muerto en olor de santidad recientemente; recuerdo que una cosa que él nos decía es 'A ver, ¿qué significa vida espiritual?', y uno tiene el riesgo de pensar que la vida espiritual es como un apartado más, dentro de nuestra vida. No, la vida espiritual no es un apartado diferente a la vida laboral o a la vida familiar... no, la vida espiritual es la única vida, vida no hay más que una. La vida espiritual es la única vida que existe, pero vivida desde el espíritu, impregnada plenamente por ese espíritu de Jesucristo. Esta es la clave. Por tanto, no hay departamentos en nuestra vida en los que el espíritu de Cristo, el espíritu del Señor no entre y lo impregne todo y lo unifique; porque una de las características de una vida, camino de santidad, es una vida unificada. Mientras que, cuando tal cosa falta, existen muchas sensaciones de esquizofrenia, de no integración, de contradicciones; mientras que la santidad da un hilo de continuidad a todo lo que hacemos, está perfectamente integrado, estructurado.

Es muy importante, y el Santo Padre así los subraya en su exhortación, perderle miedo a la santidad. No pensar que la santidad es una cosa rara, reservada para una élite, eso es una falsa imagen, que en el fondo es alienante... o quizás también porque pensemos que la santidad lo pide todo y si lo pide todo, pues yo pierdo mi libertad, entonces yo quiero también vivir, yo quiero ser yo mismo; porque parece que ser santo es dejar de ser yo mismo. Nada más lejos de la realidad. La llamada a la santidad no nos quita fuerzas, ni nos quita alegría, ni nos quita identidad, todo lo contrario; nos libera de esclavitudes que nos roban la identidad, nos enseña a reconocer la propia dignidad. Ser santo es ser más tú mismo. Cuando uno más santo es, es más él mismo; cuando uno, menos santo es, está más alienado, está más secuestrado por el maligno y por el espíritu de este mundo, que nos arrastra. Por lo tanto, no tengamos miedo a apuntar a lo alto, esto es lo importante no tenerle miedo a la santidad... dejarnos liberar por Dios.

La santidad nos hace más humanos, porque en el fondo es un encuentro de nuestra debilidad, con la gracia del Señor. León Bloy decía, y el Santo Padre aquí, recoge esta cita: "existe una sola tristeza, la de no ser santos". Recientemente, estuve leyendo unas homilias de San Bernardo, con motivo de la semana santa, y descubrí una cita que me pareció muy pedagógica (de hasta qué punto, el apuntar a la santidad, en el fondo es pedagógico porque no nos está alienando de nuestros objetivos más inmediatos, sino que nos permite cumplirlos): "Quién deja de ser mejor, deja de ser bueno" ¿Qué significa esta expresión? Que la única manera de ser bueno no es buscar un cinquillo, a ver si me conformo con un aprobado. No es así, el que se conforma con el aprobado, suspende, es la lógica humana; el que apunta al 5, suspende. El que apunta a la santidad, el que apunta a ser, no bueno, sino mejor, Dios le puede dar la gracia de aprobar, esa es la verdad.

Esta es la verdad de la antropología humana, somos así, estamos llamados a la totalidad, hemos sido creados para la totalidad, no para la mediocridad. Repito la cita de San Bernardo, "Quién deja de ser mejor, deja de ser bueno". Luego, para poder ser bueno hay que ser mejor. En nosotros debe existir ese deseo, esa tendencia a buscar la santidad.

Paso al segundo capítulo (en esta charla de hoy quiero explicar únicamente los dos primeros capítulos de "Gaudete et exsultate"). El segundo capítulo es muy curioso, habla de

dos sutiles enemigos de la santidad. Por cierto, aproximadamente un mes antes de la publicación de “Gaudete et exultate”, la Congregación para la Doctrina de la Fe había publicado una carta, con el título “Placuit Deo”, que significa, “Dios quiso”, abordando un nivel teológico, lo que esta exhortación, este capítulo segundo, introduciría de una manera más pastoral. ¿Qué es lo que aquel documento de la Congregación decía? Que hubo dos primeras herejías en la historia de la Iglesia, fueron de las dos primeras falsificaciones de lo que es la vida de la santidad, que estuvieron presentes en los primeros siglos, y que hoy, de una u otra manera siguen presentes.

Las herejías, aunque sean superadas en la historia, siguen los errores, siguen teniendo influjo y esas dos herejías eran: el gnosticismo y el pelagianismo. Surgieron, como digo, en los primeros siglos de la Iglesia; la primera en surgir fue el gnosticismo, y un poco después, el pelagianismo. El Santo Padre habla de esto no por una curiosidad histórica, sino porque sabe que tienen, en cierto sentido, una alarmante actualidad, en el momento presente. Vamos a describirlas para que nos demos cuenta del influjo que tienen.

El gnosticismo, históricamente, fue una doctrina religiosa de tipo esotérico, que se desarrolló durante los primeros siglos del cristianismo, y que prometía a sus seguidores conseguir un conocimiento intuitivo, misterioso, secreto, de las cosas divinas que les conduciría a la salvación. Era como una especie de promesa de formar parte de un grupo de los elegidos, que tenía acceso a un grado de conocimiento, que estaba reservado sólo para unos elegidos, y que el vulgo, el pueblo llano, no sería capaz de conocer esos misterios que estaban reservados para unos elegidos. Era el conocimiento de esos secretos, de esos misterios el que permitía alcanzar la salvación. Sólo quienes conociesen esas doctrinas secretas, podrían alcanzar la salvación. La Iglesia, respondió con contundencia contra tal cosa; Para empezar, una cosa que dijo la Iglesia desde el primer momento es que: lo que nos salva, lo que nos santifica, no es el tener más conocimientos, no es el de saber más secretos ocultos, sino el de amar... es el amor el que nos lleva a la santidad, no el tener una cultura más desarrollada, más basta. En el fondo, el gnosticismo supone una fe encerrada en el subjetivismo. Lo que a uno le interesa es, sus razonamientos y sus conocimientos. La Iglesia rechazó tal cosa, sabe que la santidad no está reservada para los eruditos a los eruditos, para aquellos que les guste las disquisiciones complicadas y abstractas. La Iglesia, como he dicho antes, tiende a medir la perfección por el grado de caridad; cuando la iglesia abre un proceso de canonización, no es nada relevante qué grado intelectual tuvo una persona, no, lo que es relevante es cuánto amo, si sus obras fueron, obras de amor en la vida, eso sí que es relevante. Por tanto, la tendencia gnóstica se centra en el aspecto racional, abstracto, desencarnándose de la vida; podríamos decir, de una manera popular, es calentar la cabeza y enfriar el corazón. Y eso sigue existiendo en nuestra vida. Por ejemplo se hace referencia, a como San Juan Pablo II advirtió mucho contra esta tentación, la tentación de un refugio en la intelectualidad. Cuando San Juan Pablo II vino a España y visitó la Universidad de Salamanca, cuna de los teólogos, etc., cuando habló a los teólogos, les habló de la teología arrodillada, no de la teología meramente de biblioteca, sino la teología que se pone delante del Sagrario, se postra humilde. Teología y santidad son un binomio inseparable; es un drama ser teólogo “de profesión”, y no ser santo, drama muy duro, pero que claro que puede ocurrir... que alguien sea muy versado en las cosas de Dios, pero que no sea santo. Y de hecho, la historia de la iglesia, en el primer milenio, la teología solía venir de la mano de la santidad (la mayoría de los teólogos eran santos), pero luego vinieron esas disquisiciones nominalistas en las que,

nos gustaba un poco calentar la cabeza y enfriar el corazón, y comenzó la intelectualidad a vivir de una manera separada, desencarnada de la vida... Este es el gran riesgo, e incluso que, con la tentación de tener un cierto complejo de superioridad, con respecto a quienes no tengan una cultura. El Señor se ha revelado a los sencillos y el gnosticismo se caracteriza por refugiarse en una religiosidad misteriosa. No, el Evangelio está especialmente pensado para los sencillos, lo entiende mejor un alma sencilla que un alma compleja, complicada. Lo más contrario a esa tendencia gnóstica complicada, es el espíritu evangélico en el que dice "Padre, te doy gracias porque estas cosas se las has revelado a la gente sencilla, sí Padre, así te ha parecido mejor". Lo más contrario al gnosticismo es lo que dice Jesús "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. O sea, que, para poder ser santo, hay que ser como niño... nada que ver con el gnosticismo de un supuesto acceso a unos conocimientos ocultos... hay que ser como niño, hay que ser sencillo.

El segundo enemigo es la tendencia pelagiana. El pelagianismo toma nombre de un monje que vivió entre los siglos IV y V, en la actual Gran Bretaña, y era un monje que se caracterizaba por tener un porte físico muy fuerte por ser, físicamente, psicológicamente, muy seguro de sí mismo, muy capaz, con muchas cualidades humanas. Y él, en esa afirmación que hace, de derroche, de fuerza, y de fuerza de voluntad, negaba el pecado original y afirmaba que la gracia divina no era necesaria, que la gracia divina no es gratuita, sino que tiene que ser merecida por nuestro esfuerzo, en la práctica de la misma.

Por ejemplo, Pelagio decía '¿Qué es eso de estarle pidiendo a Dios: Señor ayúdame a ser santo? ¿qué es eso de pedirselo a Dios? no seas vago, eso está en tu mano, sé santo, tú tienes que ser santo, ¿Cómo puedes pedirle a Dios? eres tú quién tiene la responsabilidad de serlo'. Ese es Pelagio, que a fuerza de reafirmar la fuerza de la voluntad y una libertad, supuestamente, omnímoda del hombre, se olvida de la existencia del pecado original y se olvida de que no somos nada sin la gracia de Jesucristo.

Fue especialmente San Agustín el gran predicador anti pelagiano. San Agustín es el que le dice a Pelagio o a los que habían sido discípulos suyos: "Habéis reducido a Jesucristo a un ejemplo de vida, siendo así que, Jesucristo no es un ejemplo de vida, sino es la fuente de Gracia que necesito para poder seguir sus pasos" Jesús no sólo es un buen ejemplo, como decía Pelagio: él te pone el ejemplo, tú con tu fuerza de voluntad le sigues... no, no. Jesús no sólo me da el ejemplo, sino que me da la gracia para poder seguirle... Este es San Agustín, respondiendo. Bueno, hubo un trasvase (los errores se suelen comunicar), del gnosticismo se pasó al pelagianismo.

Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento de los misterios ocultos el que nos hace mejores y santos, sino que es la vida, mi vida, la que me hace santo. Pasaron de una manera desequilibrada hasta el punto de que, lo que los gnósticos atribuyen a la inteligencia 'me salva la inteligencia, me salva la razón', pues ahora resulta que comienzan a atribuírselo a la voluntad: 'lo que te salva es la vida, por tanto, es tu fuerza de voluntad, lo que tú hagas, tu esfuerzo personal. Entonces ya no era la inteligencia, sino que es la voluntad la que pasa a ser la clave de la salvación.

Es que, sutilmente, de una manera o de otra, volvemos a caer en otra herejía. La herejía del gnosticismo decía, 'lo que me salva es el conocimiento de los misterios ocultos'; pero ahora, lo que dice el pelagianismo es, 'que es la voluntad la que me permite luchar en la vida, la que me lleva a la santidad', olvidándose, tanto el gnosticismo como el pelagianismo, que

todo depende, no solamente de nuestro querer, sino de la misericordia de Dios. Eso de 'querer es poder' es puro pelagianismo. Somos mendigos de la gracia de Dios.

Traducido a nuestros días, la tendencia pelagiana, se suele expresar en una voluntad sin humildad... es pretender organizar la vida de la Iglesia, es pretender organizar la vida de la familia, del mundo, ignorando que no todos pueden todo, que tenemos fragilidades que no han sido plenamente superadas, porque convivimos con heridas, como hemos dicho en días anteriores, que también había santos que compaginaban su santidad con fragilidades, con enfermedades psíquicas, con carencias importantes educacionales o de otro tipo. Existe la posibilidad de que la santidad también se compagine con límites importantes en la persona... que santidad no es lo mismo que perfeccionismo en el sentido humano; y quizás, el pelagiano, tienda a pensar que la santidad es perfeccionismo... pues no es verdad.

Fijaros en este camino de humildad. San Agustín nos invita: "Haz lo que puedas y pide lo que no puedas". Tal consejo que él da a los cristianos, es ser consciente de que tenemos que implicar plenamente nuestra libertad, pero, obviamente, conscientes de que sin la asistencia de la gracia, no podemos hacer bien. Hay otra expresión de San Agustín que también subraya mucho esta conciencia de la necesidad de la gracia: "Dame Señor lo que me pides, y luego pídemelo lo que quieras", es decir, me tienes que dar la gracia, para poder hacer lo que me pides. O sea, voy a colaborar plenamente, pero me tienes que dar la gracia para poder llevarla adelante.

Por lo tanto, un pelagianismo de nuestros días, es aquel que no reconoce la existencia de los límites, le falta un reconocimiento sincero de nuestros límites, de que no somos superhombres y de que además, en la vida vamos avanzando poco a poco y hay que tener paciencia con los ritmos de la gente. El pelagianismo no tiene paciencia, la tendencia pelagiana quiere todo aquí y ahora, y Dios tiene paciencia con nosotros. Acordaros de ese pasaje del evangelio, de aquella vid que no había dado frutos y dice, "la cortamos" y dice, "no, no, déjala, la vamos a regar, la vamos a cuidar, a ver si el año que viene..." o sea, Dios tiene paciencia para que crezcamos en santidad. La santidad y la paciencia, esto lo dice el Papa Francisco con frecuencia, son dos conceptos que van muy unidos.

Por lo tanto, la Iglesia Católica, el catecismo de la Iglesia Católica, de una manera muy clara, nos invita a no depositar la confianza en nuestras capacidades, en no tener falsas seguridades de nosotros mismos. Cuidado con las falsas seguridades; el que esté muy seguro de sí mismo, tenga cuidado, porque lo más seguro es que va a caer pronto. El pelagianismo es un falso sentimiento de seguridad, ni siquiera es bueno que uno tenga mucha seguridad en sus propias obras. El Santo Padre, en esta exhortación, recoge una cita de Santa Teresita de Lisieux, donde ella dice "yo me quiero presentar delante del Señor, no apoyándome en todas mis obras buenas que hice"... es verdad que la Iglesia nos dice que tenemos que ir acompañados de las buenas obras, pero dice, no apoyándome en ellas; una cosa es que me acompañen las buenas obras, a la hora de presentarme delante de Dios, pero no me apoyó en mis obras, me apoyó en la misericordia de Dios, que es distinto. Dice Santa Teresita 'yo, cuando me presente delante de Dios, prefiero presentarme con las manos vacías, porque si tengo las manos, sujetando todas las obras buenas, para que no se me caigan, cuando me presente delante de Jesús, no voy a tener los brazos libres para darle un abrazo, así que prefiero tener los brazos libres para abrazar a Jesús'

Insisto, nos presentamos ante Dios acompañados de las obras buenas, pero no apoyados en las obras buenas, nos apoyamos en su gracia. Cuidado, por tanto, con las falsas seguridades o una falsa sensación de estar seguro de uno mismo. La cita de Santa Teresita es ésta: «En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos». Si yo sé que todo lo que haga es imperfecto, si yo sé que sólo Dios es perfecto, si hasta sé que las cosas buenas que Dios me permite hacer están un tanto manchadas, yo las mancho un tanto, sólo Dios es plenamente Santo. Esa conciencia de pequeñez, esa conciencia de limitación de que únicamente en Dios podemos y debemos de apoyarnos, es clave.

Una cosa interesante: esta tendencia pelagiana de apoyarse en las falsas seguridades, de buscar falsas seguridades, en vez de confiar en la gracia de Dios, el Santo Padre dice en su exhortación, que tiene después muchas posibles manifestaciones. El pelagianismo, ese apoyarse en falsas seguridades en vez de apoyarse en el don de Dios, en la confianza en Dios, tiene manifestaciones tan distintas como las siguientes, voy a leer aquí el elenco que hace el Santo Padre el punto 57, de esta exhortación. Por ejemplo, la obsesión por la ley: necesita la falsa seguridad de estar apoyado en la ley, porque no confía en Dios; la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas; la ostentación en el cuidado de la liturgia, incluso: necesito que todo esté bien organizado, obsesivamente, necesito que todo esté perfecto; la ostentación de la doctrina y del prestigio de la Iglesia; la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos; el embeleso por las dinámicas de autoayuda y; la realización autorreferencial. ¡Qué cosas tan distintas! es un listado de cosas que parece que una y otra no tienen nada que ver. ¿Qué punto de conexión hay entre todas esas cosas? Sí hay un punto de conexión, y es que uno se apoya más en los medios que en la propia gracia de Dios. Eso también lo dice San Juan de la Cruz, en la subida al Monte Carmelo, a partir del capítulo 35 habla también de la posibilidad de que uno se esté apoyando, en su encuentro con Dios, no ya en Dios mismo, sino en los medios de devoción. Uno se apoya, por ejemplo, en que esta fórmula tengo que recitarla de esta manera, en que la novena la tengo que hacer de esta otra manera, en que tengo que tenerlo todo perfecto... está poniendo más su confianza en la materialidad de los medios, que en la gracia de Dios...somos así. Todo ese tipo de manifestaciones, tan distintas y tan diversas, tienen algo en común: el que uno se apoye en sus falsas seguridades, en la materialidad de los medios, en vez de confiar plenamente que es, la gracia de Dios, la que lleva adelante, la que hace fecunda nuestra vida.

Para intentar evitar esta tendencia pelagiana, se nos da un consejo que es muy interesante, el consejo de recordar frecuentemente la jerarquía de las virtudes y tender siempre a las virtudes principales, sobre todo a la caridad. ¿Qué es más importante: el orden o la caridad? La caridad es mucho más importante que el orden. Es muy importante que haya una jerarquía de valores, una jerarquía entre las virtudes, para que así no tengamos el riesgo del pelagianismo, de que sean nuestras apoyaturas materiales, humanas, las que nos salven, sino la gracia de Cristo. El primado lo tienen las virtudes teologales sobre las virtudes morales; fe esperanza y caridad tienen el primado sobre el resto de las virtudes morales y ellas son las que nos llevan a apoyarnos en Dios, y a no confiar, errónea y equivocadamente, en nuestras fuerzas.

Pues estos son los dos sutiles enemigos, gnosticismo y pelagianismo, con los cuales, ¡cuidado!, dice el Santo Padre, porque son herejías del pasado, de los primeros siglos, pero

que de alguna manera están latentes en formas muy distintas, con el correr de los tiempos. En el fondo es apoyarse, o en el entendimiento o en la voluntad; el gnosticismo en el entendimiento, el pelagianismo en la voluntad, dejando de ser nuestra apoyatura el Señor, la confianza en su gracia.

Voy a concluir leyendo la descripción, digamos, más teológica que hacía ese documento al que antes me he referido, de la Congregación de la Doctrina de la Fe, "Placuit Deo" en el que decía: "En estos dos errores se expresa un inmanentismo antropológico, disfrazado de verdad católica, veamos estas dos formas como una forma de elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar, lo que se hace es analizar y clasificar a los demás. Y en lugar de facilitar el acceso a la gracia, se gastan energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás, interesan verdaderamente", sino que son nuestra propia subjetividad. Dice, es un inmanentismo antropológico, es ponerse el hombre en el centro, en vez de entender que es Jesucristo nuestro centro. La santidad tiene que ser necesariamente cristocéntrica; el que no tenga a Cristo en el centro, es imposible que sea santo. La primera condición para poder llegar a la santidad es quitarse de en medio, y dejarle a Jesucristo, sentarse en ese centro de nuestra vida.